

ticas, debido al gran interés de los trabajos que recoge en los diversos campos del estudio del lenguaje y a la idoneidad de la firmas que lo aprestigian. Además, su presentación editorial es pulcra y nada deja que desear. Parabienes por ello a los organizadores de este justo homenaje a Mons. A. Griera.

JOSÉ JOAQUÍN MONTES.

Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.

ANGEL ROSENBLAT, *Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela*. Caracas-Madrid, Ediciones Edime, 1956. 488 páginas.

El autor, ya muy conocido por meritorios trabajos en el campo de la filología hispana, recoge en este volumen una serie de "notas" — como dice él modestamente — que publicó "en los periódicos y revistas de Caracas con el fin de despertar el interés del público culto por los problemas de la filología moderna". Advierte don Angel que esas notas "son un anticipo del *Diccionario de venezolanismos* que prepara el Instituto de Filología Andrés Bello de la Universidad Central de Venezuela".

El título de *Buenas y malas palabras*, según el autor, no se refiere al sentido sino a la corrección e incorrección y al buen o mal gusto respecto del uso culto de los escritores y artistas.

Don Angel plantea o resuelve ciento veintiséis problemas de léxico — tomados generalmente de la lengua hablada —, partiendo de un punto de vista lingüístico para elevarse a la comprensión de "algunos aspectos de la historia y de la vida de Venezuela", y tratando las palabras con simpatía, no con el criterio represor de los puristas. Varios de esos problemas lexicológicos son también de Colombia y otros pueblos de Hispanoamérica (como ya lo dice el propio Rosenblat), y las soluciones que el autor propone se aplican igualmente a varios países de nuestra América. Por lo que toca a Colombia, tienen especial interés por la semejanza de la problemática con Venezuela, temas como *apartamento*, *sugerencia*, *papá/padre* y *mamá/madre*, *devolverse*, *cargar*, *botar*, *pensum*, *bravo*, *¿le provoca?*, *maluco*, *pena*, *ñapa*, *mujer/señora*, *jira/gira*, *ansias/náuseas*, *ingrimo* y *solo*, *planchar/aplanchar*, *cuelga*, *familiares/parientes*, *floristería*, *escogencia*, *memorandum*, *puño* 'puñetazo', *analfabeta/analfabeto*, *pela* 'azotaina', *pelarse* 'equivocarse', *de pie/de pies*, *prestar* 'dar prestado' y 'pedir prestado', *la manito/la manita*, *carriel*, *finanzas/hacienda*, *el sartén/la sartén*, *fuete/foete*, *misia* (misia María). Nos parecen muy discretas las soluciones que don Angel da a estos problemas, y en general a todos los que trata en su libro.

El autor considera "típicas" de Venezuela — aunque a veces se usen también en otros países — voces y sentidos como estos: *exigir* 'rogar', *entrépito* 'entrometido', *mamar gallo* 'tomar el pelo', *sabroso* 'agradable, placentero, ameno, bonito', *raspar* 'marcharse de prisa', *bo-*

*tiquín* 'taberna, cantina, bar', *concha* 'corteza, cáscara', *salcocho* 'sancocho', *obstinado* 'fastidioso, molesto', *pollina* 'flequillo', *hallaca* 'especie de tamal', *pava*, *mabita* 'mala suerte', *chiva* 'buena suerte', *chivato* 'persona influyente, que sobresale', *coroto* 'cosa, objeto', *otomía* 'mal, daño, atrocidad', *galleta* 'nudo, lío', *vitoco* 'ostentación', *manguarear* 'pasar el tiempo sin hacer nada y charloteando como un loro', *patiquín* 'petimetre, galán', *temperamento* 'temporada de descanso, de vacaciones o convalecencia', *ocurrir* 'acudir, concurrir', *caliche* y *palangre* 'periodismo malo, infame', *papelón* 'panela', *floristería* 'florería', *musiú* y *jurungo* 'extranjero', *rubiera* 'travesura, destrozo, desaguisado', *tercio* 'persona, individuo, sujeto', *ciudadano* (tratamiento oficial), *pelarse* 'equivocarse', *lepe* 'golpe o manotazo', *estar en la carraplana* 'caer de la opulencia en la miseria'.

Según este libro que nos ocupa, y el trabajo *Lengua y cultura de Venezuela*, del mismo Ronsenblat [Caracas, 1955], el castellano de este país tiene una profunda unidad con el de todos los países hispánicos, pero dentro de esa gran unidad tiene también su propia fisonomía — fisonomía americana —, tiene sus propios matices, su estilo peculiar. Las diferencias están en la pronunciación, la morfología, el vocabulario: hay muchos indigenismos, arcaísmos (en algunos aspectos Venezuela es "una de las regiones más conservadoras, más arcaizantes de Hispanoamérica"), creaciones nuevas, extranjerismos, términos genéricos, expresiones afectivas y un sistema de preferencias dentro del castellano mismo (por ejemplo, todo lo bueno es *sabroso*, y todo lo negativo, *pavoso*). "Tanto por lo que ha innovado como por lo que ha conservado, el castellano de Venezuela se ha alejado bastante del peninsular o del de otras regiones hispánicas". Con todo, por encima de las inevitables y legítimas diferencias del habla popular y familiar está la unidad del castellano culto y literario, que en Venezuela tiene tanta dignidad y belleza como en cualquier país de América. Todas estas afirmaciones se pueden hacer también sobre el castellano de Colombia.

Rosenblat considera los problemas, grandes y chicos, de la lengua con el rigor, la amplitud y la comprensión de un verdadero filólogo. Su libro *Buenas y malas palabras* presta mucho servicio porque informa y orienta. Hay que destacar, además, la sencillez, el humor y la gracia con que está escrito.

Felicitemos a don Angel por esta magnífica obra, indudablemente valiosa para el mejor conocimiento de nuestro idioma, para despertar interés por los problemas de la filología moderna y para la difusión — en lo que se refiere al castellano, por lo menos — de una verdadera cultura lingüística en Hispanoamérica. Felicitemos también a Venezuela por tener a su servicio un estudioso tan competente de la lengua y la cultura del país.

LUIS FLÓREZ.

Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.